

la columna
DE RAMÓN DÍAZ

SOBRE ESTO Y AQUELLO

Y oteniasospechas fundadas, pero no estaba seguro. Ahora, gracias a la providencial intervención de los representantes blancos en el Codicen, Daniel Corbo y Roberto Scarsi, pudimos enterarnos cabalmente de que la izquierda radical quiere usar el estudio de la historia en los liceos como medio de adoctrinamiento de los alumnos, avasallando la laicidad y, por tanto, la libertad de educación, en un contexto de notable debilidad del grueso de las autoridades competentes.

El episodio presenta varias facetas, pero una es central y por ella comenzaremos. En *Búsqueda* del 13 de marzo leemos que el Consejo de Secundaria había rechazado, en la víspera, una propuesta de la



La izquierda radical quiere usar el estudio de la historia en los liceos como medio de adoctrinamiento de los alumnos, avasallando la laicidad

La Patria está en peligro

Comisión Programática de Historia por ser “insatisfactoria”, aduciendo que no es un verdadero programa sino un “ensayo interpretativo”. El semanario agrega que el proyecto había sido cuestionado por “jerarcas de Anep y en ámbitos políticos—presuntamente el Directorio del Partido Nacional, que apoyó a sus representantes ya nombrados— por la “politización del contenido de la materia y por la falta de pluralidad e imparcialidad”. Ya veremos que todas esas objeciones se quedan enormemente cortas para calificar lo que constituyó una propuesta a la que solo cabe calificar de totalitaria.

La información que el medio ofrece sobre el proyecto de programa se limita a enumerar algunos de sus puntos, aquellos que habrían constituido la manzana de la discordia. Los hay de dos clases: puntos que no determinan el tratamiento a dispensarse en clase y otros que sí le atan las manos a los docentes. Entre los primeros, un ítem alude a la globalización y otro a la pobreza y las desigualdades. Por supuesto que, ateniéndose a ello, un profesor puede enseñar que la globalización es una forma de explotación de los pueblos y otro

que es una doctrina estúpida, capaz—si consiguiese eliminar las relaciones entre países, regiones y culturas, como pretende—de provocar la mayor hambruna de la que habría memoria; y, pasando al segundo tema, un docente puede enseñar que la desigualdad y pobreza continuarán creciendo mientras el capitalismo persista, mientras otro explica que Uruguay tiene la distribución de la renta más igualitaria de toda América Latina. Pero consideren esta frase: “Desde Thatcher hasta el 11 de setiembre”. No parece haber duda posible de que el programa afirma que el gobierno de Margaret Thatcher—sobre el cual, quienes que tengan la mente tan retorcida como los autores del proyecto, podrían tal vez ilustrarnos—, de alguna manera condujo fatalmente al ataque a las torres gemelas. Con lo que se vuelve obvio que—también—el tratamiento permitido a los profesores sobre los temas que en teoría admiten más de un enfoque tendría que ser el mismo que aquellas pasiones dictaran.

Y no solo causa alarma lo que en el programa de Historia se puso, sino también lo que se omitió. Roberto Scarsi, uno de los dos inte-

grantes del Codicen que levantaron la perdis, acota: “Habla (el proyecto) de los muertos que ocurrieron en todas las guerras, pero cuidadosamente se omite los miles de muertos que ocurrieron en la Unión Soviética en la época de Stalin o los millones de muertos en la China de Mao”. Con el reconocimiento a que Scarsi se ha hecho acreedor ante nuestra ciudadanía, me permito corregirlo: no fueron miles sino muchos millones quienes perecieron en la URSS bajo Stalin y, entre éste y Mao, según Stéphane Courtois, en su documentadísimo *Libro negro del comunismo*, rondan las víctimas en los cien millones. No conozco directamente, por el momento, el infame documento que aquí se comenta, pero de las palabras de Scarsi se infiere que los genocidios cometidos en Rusia y en China no figuran allí, y que la hazaña de Pol Pot—que asesinó entre un cuarto y un tercio de la población camboyana—tampoco se menciona. Y ni que hablar de la caída del muro de Berlín y la conversión al capitalismo de los gobernantes chinos.

Pero el infame documento no puede agotar la preocupación de los uruguayos que aman la liber-

tad. No menos inquietante que ello es la actitud de los jerarcas de nuestro sistema educativo público ante semejante tentativa de agresión a la libertad de conciencia de nuestros jóvenes. En la misma nota de *Búsqueda* se reproducen las palabras de la integrante del Codicen, Carmen Tornaría. Ésta criticó la intervención del sistema político en los temas educativos, porque, cuando ello ocurre, manifestó, “se pierde el concepto de autonomía del organismo”. La confusión de esta señora en materia de valores es superlativa. En un platillo de la balanza están la agresión a la laicidad y a la libertad de conciencia de nuestros jóvenes, así como la conspiración en la educación pública para cambiar nuestro sistema democrático-constitucional por una dictadura marxista y, en el otro, reposa solitaria la autonomía del organismo docente, y ella ve la báscula inclinarse del lado del segundo. Es que la misma autonomía queda cuestionada en ese contexto. No habrá logrado aprobación un proyecto escandaloso, pero no podemos confiar en que la defensa de aquellos valores fundamentales se halla debidamente custodiada por las autoridades con

un calor semejante al que ponen en defender su autonomía. El presidente del Codicen, Jorge Carbonell, a propósito del programa declaró haber tenido “discrepancias con algunos puntos” del documento, y nada de la indignación que los amantes de la libertad habríamos querido ver encendida en quien ocupa su cargo.

Hay que suponer, por tanto, que el programa de Historia cuya legitimación acaba de ser detenida, merced a la intervención—repto, providencial—de dos consejeros que tenían claro el sistema de valores, no es más que un episodio en un proceso ya avanzado de convertir las aulas de nuestros liceos en laboratorios de lavado de cerebros y elaboración de agitadores marxistas. Y ante ello hay que reaccionar, no con una desubicada defensa de la autonomía de los órganos de dirección docente, sino suscitando una investigación a fondo de la suerte que la laicidad viene corriendo en nuestro sistema público—a cargo del gobierno nacional—, y con amplia información a la ciudadanía. Con respecto al proyecto rechazado, es inconcebible que no se le dé difusión, así como que permanezcan en la oscuridad los nombres de los autores de tamaña monstruosidad. Todo eso los ciudadanos tendríamos que poder bajarlo de la página web del Ministerio de Educación y Cultura (que supongo que la tiene, y si no

Restaurar nuestra vieja gran república pasa por volver a tener uruguayos que sepan pensar por sí mismos

la tiene, que la ponga, y que difunda su dirección).

La educación es nuestro problema número uno, sin la menor duda. Posiblemente también lo sea en la mayoría de los demás países, pero para nosotros es, sin duda, vital tomar conciencia de esa área de peligro y de daño ya sufrido y actuar en consecuencia. Si pudiésemos darle solución, veríamos claramente la subordinación de todos los otros problemas a aquél, y comprenderíamos la conexión de lo que hemos omitido hacer en ese campo con la triste decadencia que, de larga data, experimentamos. Restaurar nuestra vieja gran república pasa por volver a tener uruguayos que sepan pensar por sí mismos y que tengan sus valores a la altura donde cada uno debe estar.